

NOTAS DE LA SEMANA



NOVIEMBRE, el más clásico, de responsos, crisantemos, lamparillas, castañas y Tenorios, sin darnos cuenta, ha asomado al proscenio su carita risueña, que hemos agradecido y aprovechado para ir en romería dolorosa, hacia donde los muertos moran y nos esperan. Nada de frío hasta los huesos, sino una tarde espléndida, soleada, la del 1.º de noviembre, lleno de gente el camino del cementerio y las sepulturas, alfombradas de esas flores exóticas, tristes, decorativas, que avivan el recuerdo y enturbian las miradas.

Años ha, que no se veía tan concurrida como el presente, la ciudad de los que descansan en el Señor, en sus tumbas magníficas o humildes. Coronas, cestos de flores, luminarias, rústicos ramajes, decoraban el solar de los muertos, pequeño jardín de melancolías y dolores, de lágrimas y oraciones.

Poco a poco, las vanas cosas de los hombres de la ciudad que vive, de la civilización que la preside, van embelleciendo la de los muertos, y la iniciativa privada ha superado a la municipal, en todo tiempo. La santa tierra de la dehesa de Santiago, necesita fosas abundantes, los nichos marquesina, las plantaciones agua y el camino anchura. Va haciéndose de mucho tráfico y no es cosa de que los coches y el público vayan por los zopeteros y terraplenes. Al crecer el empadronamiento de los vecinos, el cementerio resulta *incómodo* y pequeño, y estos hogares de reposo eterno exigen una bella traza artística de urbanización y de poesía.

Ahora hablemos de los vivos. En Tarancón se colocó el cartel de no hay billetes en la corrida benéfica, y los fanáticos de Cagancho ovacionaron a éste con el mayor delirio y devoción.

Nuestro concejo se decide por construir una prisión provincial, ancha y ventilada. Más vale así. La prensa local continúa *fondeando* en la famosa *dualidad* lo que maldito interesa ya a nadie.

Huésped de nuestro Prelado, lo ha sido durante varios días el sabio obispo de Ciudad Real, prior de las órdenes militares, doctor Esténaga y hermano de la superiora de las Siervas de Jesús.

La Juventud Franciscana ha inaugurado brillantemente su Ateneo, donde se congrega la juventud estudiosa, y en tal

fiesta literaria hablaron el obispo de la diócesis doctor Laplana y el Fiscal de esta Audiencia señor Cayón.

Y nuevamente vuelve a hablarse de la auto-pista Madrid-Valencia, cuyos trabajos se dice que principiarán en breve.

De chismorreos locales, la ley del candado.

X X X.

De la Ventilla a Margarita

El bravo don Juan Tenorio, a los pies de doña Inés, rompe de Noviembre, el mes. ¡Animas del Purgatorio!

Hoy es un día muy serio y con los muertos me voy, que harto de vivos estoy y es la vida un cementerio.

Bajo esta cruz sepulcral yace un escritor festivo, el cual, aun siendo muy vivo, murió sin tener un real.

Aquí el osario reposa de una coqueta doncella, tal, dicen, no murió ella, pues señores, a otra cosa.

De un jugador con ventaja aquí descansan los *restos*; desbancó con mil arrestos y se trajo hasta la *caja*.

Más que patrona es arpia la muerta que yace aquí: ¡Cuántas como ella yo ví de los guisotes que hacia.

Esta tumba funeraria es de un letrado elocuente; en cueros dejó al cliente, pues, ¿y a la parte contraria?

Por no trabajar se arrumba, fué haragán más que empleado; pasó la vida *tumbado* y ahora descansa en su *tumba*.

Su buen cuerpo fué notorio: aquí yace una mujer; con rezos nada has de hacer... no saldrá del Purgatorio.

Este nicho arrinconado es la fosa de un curial; murió sin uñas del mal; no te acerques demasiado.

De un berrinche con el yerno la diñó tan furia suegra; le han puesto una cruz muy negra. Dios la tenga en el infierno.

El Tío CORUJO.

LA CAPA DE CARLOS RUBIO



DIEN viera en la calle sin conocerle a aquel hombre barbado en bermejo, de un ojo tuerto, lleno de lamparones el rostro y el traje, no pensara sino que era un astroso mendigo, pero nunca un hidalgo del genio.

Los que le conocieron —y aún quedan bastantes, sin ser prodigios de longevidad—, cuentan y no acaban de él en punto al descuido de su persona. Apenas si de la bohemia actual puede desglosarse un personaje que le recuerde. Sin embargo, aquel tan roto como el «Cardenio» del *Quijote*, pudo haber sido ministro de la Corona, y llevaba más meollo dentro de aquella testa enmarañada, que muchos que, después de fenecidos, han logrado un escaño en la senaduría de la inmortalidad.

Se batió en las barricadas por la Libertad y la República; era grande amigo de Sagasta, Becerra y Rivero y fué de aquellos que ennoblecieron con sus plumas maestras las columnas de *La Iberia*.

Infinitas son las cosas que podrían contarse de él y en las cuales veríase que pasó por la vida como una sombra; caminaba en pos de un ideal que no llegó a lograr. Ni el bienestar ni el dinero hubieron de ser, porque bien sabido se tiene que jamás quiso darles beligerancia.

Cuéntase que una vez estuvo sin comer hasta bien entrada la tarde, tanto por estar entretenido en llenar cuartillas con aquella prosa recia y pulquérrima (curioso antítesis de la persona era el estilo), como por no hallar una sola moneda en sus raídos bolsillos, hasta que se le ocurrió acudir a que le sacara del apuro el administrador del periódico en que a la sazón escribía.

Llegó de allí a poco un camarada, y penetrando en su habitación, que era un revuelto desván, sembrado de papeles rotos hasta cubrir el suelo casi totalmente, se dispuso a esperarle, pues sabía que no habría de tardar mucho espacio.

Por entretenerse, se dió el hombre en revolver con la punta del bastón aquel alborotado mar de desperdicios del ingenio; de pronto, sobre las cuartillas despedazadas, triunfó espléndido y rozagante, como Venus sobre la espuma del Océano, un billete de veinticinco duros—que por el entonces los había de esta cantidad—. El amigo en cuestión era de la rarísima clase

de personas decentes, esperó con más ahinco la vuelta del descuidado camarada, y tan pronto como viérale entrar por la puerta, hizole entrega del hallazgo, al que éste no dió la más pequeña importancia, y salieron juntos.

La cosa tenía una explicación muy sencilla; pocos días antes le había entregado el precioso papelito el editor, como pago de cierta traducción. Carlos llegó a su casa, dejó el billete sobre la mesa y se puso a escribir. Empezó a quitar estorbos para acomodarse mejor, y una de las primeras cosas que dieron en el santo suelo fué la—para otros—codiciada «recete» del Banco de España, de la que no volvió a hacer memoria, aun cuando pronto la hubiese menester.

La capa de Carlos Rubio era verdaderamente arqueológica; como aquella otra prenda interior de la famosa zarzuela de Ramos Carrión y Chueca, tenía «ventiladores por delante y por detrás».

Llegaba por las noches a la redacción de «La Iberia» y colgábalas con mucha parsimonia en la percha y sentábase a trabajar.

Cuentan que al entrar, ciertamente, el pulido Calvo Asensio, que tan cuidadoso como era de su estilo lo era a la vez de su persona, y fijóse en la ventilada pañoza de Rubio, y exhalando una exclamación de piedad para el desaliñado redactor, formó propósito de trocársela por otra llamante y magnífica.

En efecto: a la noche siguiente, Rubio, y como tenía por costumbre, dejó su prenda en la consabida percha; de allí a poco la retiró un ordenanza, poniendo en su lugar una soberbia capa azul, hecha con el más rico paño salido de los más famosos telares de Béjar.

Terminó la jornada y Carlos Rubio buscó su capa. El director del periódico rogóle que aceptara aquella otra. Tomóla nuestro hombre con aquella despreocupación tan suya. Se embozó hasta los ojos y dió a guisa de prueba, un paseo por la sala, y desembozándose, volvió a dejarla donde la halló.

—¡Cómo!—exclamó asombrado Calvo Asensio—. ¿No la acepta usted?

—No, señor—respondió Rubio ingenuamente—. Me gusta más la mía, es más airosa—. Y arrebuñándose amorosamente en su raída prenda, salió de la redacción con jactancia y garbosidad de Don Juan...

Diego SAN JOSÉ.